

perfecta del Creador de todo lo bueno.

Hasta el nombre de la triste parecía una ironía de esas que hieren hondo y dejan escozor de latigazo.

¡Helena! ¿Pero á qué perverso le ocurrió bautizar á la pobre con ese nombre armonioso, evocador de serenas bellezas? . . . .

Desde muy niña conoció las amarguras tremendas por que pasan las almas buenas y bellas encerradas en cuerpos deformes. Desde pequeñuela probó la desolación oscura de sentir que su presencia repelía las caricias y supo de las humillaciones que sufren los seres castigados por la madre injusta, por la madre mala, por la Naturaleza.

Su almita apasionada, desde que era tierna como un brote nacido á los primeros soplos tibios de la primavera, se enamoró de todo lo que era bello y hospitalario para los seres hermosos, y que para ella fué áspero, rudo y repelente.

Su juventud fué como la de un sapo en un jardín aristocrático.

Refugióse en el arte; embriagóse con las dulces emociones misericordiosas que la belleza eterna á nadie rehusa, aunque sea pobre, y triste, y feo.

Una divina aurora se abrió en su alma con eclosión de flor largo tiempo plegada en capullo, que se baña en los rayos áureos y cálidos de un sol paternal.

Durante algún tiempo fué dichosa, allá en el fondo boscoso de una aldea de los Vosgos, donde su padre era maestro de escuela.

Pero el espíritu opaco que marca á sus víctimas desde la cuna, no las suelta nunca. Las abandona á ratos, para saltar luego sobre ellas con la alegría feroz del gato que juega con su presa.

La vida se cansó de soportar la felicidad inocente de la pobre muchacha, y vino de nuevo á flagelarla.

Su padre, el único ser que la había amado, compasivamente, como se ama,

lastimándolos, á esos pobres seres, no era un hombre correcto ni un equilibrado.

En sus mocedades había soñado con París, con grandes triunfos literarios, con éxitos de esos que llenan de envidia á los compañeros, con algo fulgurante é intangible. . . con la gloria, en fin.

Viéndose relegado en un puesto humildísimo, inferior al de un lacayo de casa rica, tragaba bilis, amargaba y ennegrecía su propia existencia y las de su mujer y su hija. Sus antiguos camaradas prosperaban, triunfaban, alcanzaban altos puestos, y él, en su rincón oscuro, les seguía con la roñosa envidia con que sigue un can hambriento y flaco los mordiscos que da á su pitanza un perro de casa rica.

Por último, la pena fué superior al hombre y éste se dió á la bebida con el desenfreno de un desesperado; hizo escándalos, golpeó á su mujer, aterrorizó á los pacíficos leñadores de la aldea, y acabó por hacerse destituir con la fea nota de ser un hombre perjudicial y peligroso.

Entonces pensó, como en algo lejano y esplendoroso, en la expatriación.

Vendió, empeñó, contrajo compromisos, y un día logró verse por fin, en compañía de sus dos mujeres, en el sucio departamento de tercera del trasatlántico que le trajo á América.

El hombre parecía en verdad regenerado. Hablaba con fuerza y calor de vastos proyectos, animaba á los decaídos, discutía con ardor y hasta físicamente parecía robusto y vigoroso como si le probaran nuestros climas. Pero apenas llegó á México, la atmósfera tibia y húmeda del valle pareció apagar el fuego de sus venas y llenar su sangre de linfa. Volviose adusto y melancólico, se le llenó el alma de *morriña*, que los cultos llaman nostalgia, y sus proyectos se aplastaron como vejigas llenas de viento que alguno pica con un alfiler.